

## Sobre Giovanni Boccaccio de Certaldo

*Conferencia, Febreiro/ Marzo, 1976?*

Con un par de meses de retraso vamos a conmemorar en esta sala, en esta ciudad de Vigo, en Galicia, y aún me atrevería a decir que casi los únicos en España, la muerte de Giovan Boccaccio da Certaldo. Murió hace seiscientos años, el 21 de diciembre de 1375 en la casa familiar, en Certaldo, tierra toscana y florentina. Tierra de viñedos y de palomares, y de cipreses en las colinas desde las que se contempla el hilo de plata de un río famoso, el Arno. Se fue a su casa tras haber pasado un año entero en Florencia haciendo lecturas públicas de la *Divina Comedia*, comentando pasajes del "Infierno" y del "Purgatorio", aclarando a un público atento, en el que había muchas y bellas damas, los tercetos de Dante degli Allighieri. Algunas veces, en sus comentarios de la *Comedia*, le salía por antiguo, por humanista, y por su amor por la noble ciudad de Florencia, su patria, el ver a ésta *sub specie aeternitatis*, como en un canto del purgatorio, el VI, había el Dante visto a Mantua, la patria de Virgilio. Es el canto VI, 71/75, que el glosó al mismo tiempo que explicaba la poesía provenzal de alguien que allí estaba, en el purgatorio, purificándose: el poeta Sordello. Ante el Dante, hace el Sordello una aparición impresionante. Dante lo reconoce y lo recuerda

¡oh, ánima lombarda  
activa y desdefiosa  
y en el dirigirnos la mirada honesta y lenta!

Pero la sombra deja hablar al Dante y se acerca a Virgilio, la sombra "surse", surge, es la propia palabra que Dante utiliza, surge y se acerca a Virgilio y le dice: ¡Oh mantuano, yo soy Sordella, de tu misma tierra, y el uno y el otro se abrazaban". Giovan Boccaccio se detiene en comentar el amor de patria, y parece como si estuviese soñando en encontrar en uno de esos caminos que tiene que haber en ultratumba, un florentino o un certaldino al que abrazar, diciendo: "¡lo son Boccaccio, de la tua terra!"

Son los días del comienzo del otoño de 1375. Ya está en Certaldo, en la casa paterna, con el pie en el estribo: ve vendimiar y se despide del ruiñeñor que emigra al sur. Sus dineros y bienes son pocos. Ha hecho testamento en Florencia, en agosto, y no olvida en él a los amigos, a los eruditos florentinos, ni a su pobre e ignorante sirvienta, Bruna de Cianco "que tan limpio me trajo siempre". Pocas semanas antes ha recibido la noticia de la muerte del Petrarca en Arquá. Durante

diez días no quiso ver a nadie, y salió del triste sopor para escribir un dolorido soneto de despedida al maestro y pater:

Ya estás, dice en él, al otro lado /a donde querías tantas veces ir a ver a Laureta! Ya estás con Sennuzio, Cino, Dante /viendo cosas de las que a los que aún estamos aquí/no tenemos ni noticia... Si fuí amigo de tu agrado en la tierra/cuando ahí llegue guíame y acompáñame...

Lo mismo que el Virgilio acompañó al Dante. Aún cuando Boccaccio se ha vuelto misógono, y ha escrito el *Corbaccio*, el “cuervón”, el gran cuervo, contra las mujeres, en el primer cuarteto cita a Laureta, a la Laura, el grande, hondo, casi metafísico amor del Petrarca por Laura de Noves. Recordando a Laura, ¿no tendrá soledades el Boccaccio de aquel amor suyo de juventud en Nápoles, con una princesa de cabellos de oro y siempre vestida de azul, María de Aquino, la hija bastarda del rey Roberto?

Os amoríños primeiros  
son mui malos de olvidare!...

Sólo Giovan Boccaccio, enfermó, inmensamente triste y no obstante sereno, cierra los ojos y se lleva la mano a la boca cuando le llegan noticias de Florencia, donde triunfan políticas que el, con estudio y paciencia, ha desaconsejado, anticipándose en sus reflexiones políticas a otro florentino que más de cien años después querrá para la República, que ha de vivir “*una pace libera, si é possibile giusta*”, el secretario Nicola Machiavello. Un día, cuatro o cinco antes de morir, su discípulo Coluccio Salutati, mandó que acercasen la cama del enfermo a la ventana para que pudiese ver pasar las grandes bandadas de estorninos. Eran como madejas devanadas por el aire, madejas de hilo negro, como aquellas con las que se tejían en los días de la peste los paños de luto. ¡Qué lejana la peste, qué lejos aquellas cien historias que había escrito en los más duros días de aquella mortandad! Su amigo Sachetti le había escrito comunicándoles que aquellas historias ya corrían por Francia e Inglaterra, escritas en sus lenguas. Quizás sonriese. Siempre le había gustado, aunque sin vanidad, que fama de él quedase en el mundo. Un gran Boccacciano, De Sanctis, aludió a la “humilde nostalgia de la fama” que el humanista, el narrador, el poeta, tenía. En fin, se iba de este mundo. Preguntaba cuánto vino había aquel año, si llovía, y volviendo a la política comentaba: “*¡Il Papa é molto tardo!*” ¡El Papa es muy perezoso!” En fin, el alma suya se disponía a salir del cuerpo. Dicen que las puertas de la casa de Certaldo se cerraron de golpe cuando Giovan Boccaccio dejó de respirar. Un amigo poeta, Sachetti, lamentó su muerte:

Ora é mancata ogni poesia!  
Ahora falta toda la poesia...  
Si lloro y grito, milagro no es,  
pues uno sólo nos quedaba,  
Giovan Boccaccio,  
y ahora está fuera de la vida  
Or é de vita fuore!

No se sabe dónde había nacido el Boccaccio. Unos dicen que en París hijo del banquero florentino Boccacciano y de una joven francesa, ligera de cascos, en 1313. Otros creen que nació en Certaldo, de donde eran, ya nueve generaciones, los Boccaccio. Otros dicen que la francesa, la de París, era poco menos que una princesa, seducida por las sedas que ante ella extendía el banquero y mercader toscano. Otros aseguraron que su madre era una viuda moza, a la que cansaba el estar tanto tiempo sola en la cama. Otros, que era hijo de una criada de la casa. Jamás el Boccaccio hablará de su madre, ni aparecerá ninguna vez su nombre en los documentos familiares. Jamás habrá ni una línea en toda su obra en latín y en toscano, en sus novelas y en sus severos tratados humanistas, en su poesía, en la que aparezca la soledad que se supone tendría de la madre desconocida.

Pasa los primeros años en Certaldo, a los seis años sabe leer y escribir, y a los ocho sabe bastante latín como pronunciar en la lengua de Cicerón graves discursos. Parece ser que hizo uno sobre las mariposas y otro sobre una batalla entre güelfos y gibelinos. Pero, el padre quiere que además del latín sepa contabilidad y cálculo mercantil, y lo lleva a Florencia a su almacén y lo tiene de pupilo, a los ocho años, en la barca de los Bardi y después en la de los Strozzi. Puede el niño salirle humanista y poeta, escritor de canciones como Guido Cavalcanti o de una "Comedia" como el Dante, pero lo seguro es el comercio, préstamos con buenas garantías y altos intereses, y viajar vendiendo en las grandes ciudades las sedas florentinas, los cinturones repujados, los finos paños, los pesados terciopelos, las medias caladas, las floreadas batistas... A los trece años, ya sabe lo bastante del comercio para que su padre lo lleve a Nápoles.

¿Por qué a Nápoles? Pues porque su padre tiene relaciones mercantiles con la casa real. Un día, un grupo de ciudadanos de Florencia, cansados de las discordias intestinas que hacían peligrar el Estado, quieren tener un rey, un rey que conquiste Siena y Pisa, y dé a Florencia el señorío de la toscana toda. Este rey será Carlino, hijo del rey Roberto de Nápoles. Carlino llega a estar cerca de Florencia, escondido en un castillo, en el verano de 1326, esperando a que le digan que puede bajar a la ciudad y que allí lo proclamen rey. Es un muchachuelo espigado, con los ojos claros, la nariz grande, algo tartamudo y que a los catorce años todavía hace pis en la cama. Aunque esto, y que lee mal, quizás sea cosa de sus enemigos. El asunto fracasa, Carlino regresa a Nápoles, y tras él va Bocaccino Boccaccio, el padre de Giovan, a ver de cobrar los dineros que ha prestado para la empresa. Se lleva con él a su hijo, que cuando cumple catorce años, en la orilla de aquel mar de sirenas, de las famosas sirenas partenopeas, de lengua más dulce que la miel tanto para el discurso como para los besos, Giovan Boccaccio, vestido a la florentina, con una birreta con plumas, con jubón verde, con largas calzas bicolors, y una gruesa cadena de oro al cuello, se enamora. ¡Ardiente y desdichado amor! A los toscanos de entonces les tocan amores súbitos y sin fortuna. A ellos y a ellas: Pia dei Tolomei, Dante Alighieri, Petrarca.

Giovan Boccaccio se enamora de una hija bastarda del rey Roberto, el padre de Carlino, María de Aquino. Noticias de este súbito, temprano, loco amor las tendremos en una novela del Boccaccio, en la que quizás sea la primera novela psicológica de la Europa moderna, la *Fiammetta*, la Llamita, que así llamará en la novela Boccaccio a María de Aquino. En la realidad, fue *Fiammetta*, la Llamita, quien abandonó a su amante, pero en la novela es al revés. Es pánfilo, es decir, el

Boccaccio, quien deja a Fiammetta, la cual quiere suicidarse, vuelve al amado, que al fin se va. Novela psicológica, si, pero la novela de un humanista, escrita ya en Florencia, cuando el Boccaccio tiene treinta años. Maria de Aquino se ha casado con otro, -un Rufo de Calabria, de una familia de grandes bandoleros, antepasados de la actual princesa Paola de Bélgica-, ha enviudado, y ha muerto de repente, dicen que porque le apeteció una naranja al atardecer de una tarde de estío. Novela de un humanista, inspirada en un episodio de Ovidio, y prueba de todo el saber greco-latino del Boccaccio. Es una novela medieval, en *Volgare*, es decir, en lengua toscana, pero ya en la primera página leemos el nombre Láquesis, una de las tres Parcas, y una alusión a los dientes que sembró Cadmo. En el libro III, Fiammetta, sin noticias de Pánfilo, se pregunta si su amante se habrá anohado, “como Leandro”, y al final, Fiammetta, abandonada por pánfilo, se consuela con los ejemplos de Biblis, Cánace, Mirra, Dido, Píramo y Tisbe, y muchas otras amantes clásicas, y heroínas de novelas bizantinas, tan lloronas, tan perfumadas con agua de rosa, y entre ellas una pareja que lleva estando de moda ya doscientos años: don Tristán y doña Isolda, bien más carnales y aún verdaderos que todos los amantes de la antigüedad.

Pero, el Boccaccio es ya un humanista, es uno de los que están con el Petrarca, anticipando la “rinascita”, el Renacimiento, el resurgir de las letras griegas y latinas, buscando manuscritos, intentando leer a Platón, coleccionando monedas antiguas. Y los humanistas, por amor de esa antigüedad que va a resucitar, la ven con ojos paganos. Así *Fiammetta*, que es una historia medieval, nada cristiano aparece en ella. Los personajes dicen “los dioses lo saben”, o “que los dioses inmortales sean testigos”. Y cuando Fiammetta, la Llamita, duda si entregarse o no a su enamorado, no piensa en Dios, ni en la Virgen, ni en santa alguna, pero se le aparece Venus desnuda bajo una fina túnica, le echa un discurso, y la convence, con un ardor que viene en Ovidio. ¡Siempre Ovidio en toda literatura europea de la Edad Media! Como nuestro Arcipreste de Hita, también Boccaccio por don Amor “a Ovidio leyó en el escuela”. Por otra parte, es la primera aparición de Venus en la literatura europea en *volgare*, y el lector de *Fiammetta* recordará siempre aquellos nacimientos de Venus, tan caros a la pintura toscana del 400 y del 500, del mar brotando de una concha, Afrodita espléndida en su desnudez coralina: brotando, como la pintura de Botticelli de una concha de vieira, es decir, venérea, de Venus. El Boccaccio no es todavía el narrador libre, imaginativo, irónico que narra por el gusto de narrar, de *El Decamerón*. Con *Fiammetta*, le parece continuar a Ovidio. Y así cumple como aprendiz de humanista. Aprende griego con el calabrés Leoncio Pilato, a quien convence de que traduzca a Homero. Giovan Boccaccio aprende el griego y lo escribirá con cierta facilidad. Busca libros perdidos, y si el Petrarca encuentra muchos libros clásicos, Boccaccio encontrará nada menos que la obra de Tácito, que estaba perdida. Benvenuto de Imola cuenta una anécdota que el propio Giovan Boccaccio refería a sus discípulos. No resisto a la tentación leérsela íntegramente:

Deseoso Boccaccio de ver la biblioteca de Monte Casino, pidió a uno de los monjes que le hiciera el favor de abrísela. Este, señalando una empinada escalera, contestó secamente: sube, que está abierta.

Boccaccio subió lleno de alegría, y encontró el lugar en el que se encontraban tan grandes tesoros sin llave ni puerta, y vió que las hierbas crecían en

las ventanas, y sobre los libros y pupitres una espesa capa de polvo. Estupefacto, comenzó a ojear manuscrito tras manuscrito, y encontró muchos y diversos códices de libros viejos y peregrinos; de algunos se habían arrancado cuardenos enteros, otros tenían los márgenes cercenados, y estaban todos destrozados, en una o en otra forma. Y doliéndose de ver aquello, salió de allí con lágrimas en los ojos ... Preguntó después a otro monje como estaban tan horriblemente mutilados aquellos preciosos manuscritos, y éste le contestó que algunos monjes, por juntar unas monedas, arrancaban un pliego para hacer escapularios, que vendían a las mujeres, *evangelia et brevia quae vendebant mulieribus...*

Algunos han visto en esta anécdota el momento en el que Boccaccio abandona el cristianismo, -al que volverá al fin de sus días-, y ve en el paganismo, en los dioses antiguos, una hermosa luz. Esta reacción no es un simple rechazo, sino afirmación positiva de que las ideas griegas y romanas acerca de Dios, de la vida y de la moral, son mejores, más libres y más reales, porque corresponden más fielmente a los hechos de la vida en este mundo, más optimistas, menos estrechas, menos austeras, misantrópicas y atormentadas por el más allá, más alegres y más humanas. Boccaccio y los que pensaban como él, ignoraban todo el pesimismo griego, que consideraba que el mejor bien para el hombre sería el no haber nacido.

Por otra parte, la posición de los humanistas florentinos, siempre amantes de su ciudad, de la libertad e independencia de su ciudad, de la República soberana de Florencia, los lleva a encontrar en ciertas lecturas clásicas fundamentos para las constituciones y métodos de gobierno de Florencia. Es un momento similar al de Inglaterra cuando tras Enrique VIII y el interin de Maria Tudor, sube al trono Isabel I. Los florentinos, desde el Boccaccio a Maquiavelo, y los ingleses de final del 500, todos se disponen a leer a Plutarco. Me refiero a las clases dirigentes, a la alta burguesía en Florencia, a la nobleza de toga y a los retoños aristocráticos en Gran Bretaña, en Oxford y en Cambridge. Y leen las "Vidas Paralelas" de Plutarco, los florentinos en latín o en la traducción de Saluzzo, y los ingleses en la traducción de Norton. Lo consideran el más importante libro del mundo, porque en el se cuentan las vidas de las más nobles gentes de las más ilustres naciones del Universo, Grecia y Roma. Y así citan a Temístocles y no a David, a Alcibíades y no a Josué, a Ulises y no a Teodorico o Carlomagno. Y aman una libertad que no tiene cuenta del poder espiritual de la Roma cristiana, tal y como lo formuló Bonifacio VIII.

Los personajes de *El Decamerón* reconocen la existencia de la Iglesia, claro es, pero la desdeñan, aún en los terribles días de la Peste Negra, cuando siete damas y tres caballeros salen de la ciudad del Arno para una deliciosa quinta, donde nada les preocupa, lejos de la muerte terrible, alegres ociosos, que se dedican a contarse cuentos, cuentos de aventuras, de amores, de engaños, y algunos trágicos.

Aunque realista, *El Decamerón* es por eso mismo una obra de evasión. La peste no está en él, como en Defoe o en Camus o en Pierre Mac Orlan. Es una obra nueva, en el mismo sentido en que ya no es un libro sobre temas clásicos, ni es una narración en la que los protagonistas son caballeros. Es un relato de burgueses y para burgueses, y no hay prototipo clásico para su esquema. Alguien ha citado

respecto a *El Decamerón*, *El banquete* de Platón, pero en *El banquete* se pronuncian discursos, que no se cuentan historias. Highet subraya que los cuentos mismos algunos pasaron de Oriente a Occidente desde los bazares de allá y que los otros eran la espuma del mismo mundo subterráneo medieval que los *fabliaux* y los *exemplos*, y otros eran cristalizaciones de incidentes reales de la vida contemporánea en la Europa Occidental.

Los personajes ya dijimos que dejan traslucir a menudo cierto desdén por la Iglesia. En el comienzo mismo está el cuento del judío que no sabe si hacerse cristiano o no. Para tomar una resolución, visita Roma, y al regresar se bautiza, porque habiendo visto tanto pecado y corrupción, y que la Iglesia no cae, verdaderamente era la religión verdadera. Y en el mismo sentido el famoso cuento de “Saladino y los tres anillos”. No voy a contarles a ustedes ahora mismo *El Decamerón*. Desde Landolfo Rúffolo, el audaz amalfitano, hasta Martellino, el bufón de Treviso, las aventuras de Andreucci de Perusa que va a comprar caballos a Nápoles, Ferondo a quien un abad convence de que ha muerto y ha resucitado, el cuento de la ingenua Alibech, el padre y el marido celoso que dan de comer, ya a su hija, ya a su esposa, el corazón de su amante, la alegre historia del canto de los ruiseñores, la historia de Nastasi degli Onesti que pueden ver pintada por Botticelli en el Prado de Madrid, el cocinero Chichibio que logra convencer a su amo de que las grullas solamente tienen un muslo; fra Cipolla que promete mostrarles a los de Certaldo una pluma del arcángel San Gabriel, y tantos amantes y raros y carnales amores, Calandrino con su piedra de la invisibilidad...

Hay en Boccaccio una especie de constante triunfo de la inteligencia. Boccaccio es el más desinteresado, humano y libre de los narradores, y en su prosa ha fijado la inmensa variedad de las pasiones, como Shakespeare, por ejemplo. Y encontramos la más profunda humanidad en el corazón mismo de la más inverosímil aventura.

En este género, el Boccaccio es superior a todos, al Infante don Juan Manuel con sus *exemplos*, a los autores franceses de *fabliaux* y de pequeñas obras tetrales, -pequeñas obras maestras como la farsa de maître Patelin-, infinitamente más rico que el Arcipreste de Hita en los ejemplos de su libro, y más moderno, más complejo, los personajes más caracterizados que los de “Los cuentos de Canterbury” de Chaucer, -quizás la única obra de aquel tiempo que pueda compararsele, y que tantas veces suena a boccacciana, porque en ella aparece, -ya en el cuento de la Priora o en el de la viuda de Bath-, un matiz de ironía, y la ironía es quizás uno de los ejercicios más altos de la mente humana.

*El Decamerón*, es la obra de un narrador genial. Fóscolo dijo de él que acaricia el lenguaje como el enamorado la amada, y Carducci que la “comedia humana” del Boccaccio es la única obra comparable por su universalidad a la *Divina comedia* del Dante. Verdaderamente, lo que hay en Boccaccio es vida, vida a manos llenas. Quizás haya dicho esto mejor que nadie nuestro Eugenio d’Ors, cuando señalaba que lo “que llamamos alegre, gozoso, es su sintáxis. Boccaccio es como el Giorgione. En los colores de uno y en las palabras de otro, se han filtrado rayos del sol de mayo...”

152 Durante siglos, *El Decamerón* de Boccaccio ha sido la más deleitable lectura de la Europa occidental. Lo han leído Marlowe y Shakespeare, y lo ha leído la

aristocracia inglesa que se entretenía con “La reina de la hadas”, pero encontraban a Boccaccio más conforme con su naturaleza carnal. Alguien citando una carta de Erasmo, del grave Erasmo, -aquella en la que... aseguraba: “Pues todos esos besos vienen de un italiano, de Giovanni Boccaccio”. Y sería así. Pero la gran fortuna boccacciana donde se ve es en Francia. Exposición de la Biblioteca Nacional.

Los eruditos han seguido las huellas, que llegan a la Fontaine, y aun a “Les liaisons dangereuses” y a la “Duquesa de Clèves”. Y quizás haya educado a lo franceses en ese su profundo gusto por el erotismo intelectualizado, versátil, del que son primera muestra sus citados *fabliaux*.

¿Y la fortuna española del Boccaccio? “*Fiammetta* gustó mucho”. Se la tradujo, circularon algunos manuscritos en la corte de don Juan II, influyó en *Tirant lo Blanc* y en las novelas de Feliciano de Silva, que todavía llegó a leer Santa Teresa, con aquellos intrincados y extravagantes párrafos, de los que se burlará Cervantes en *El Quijote*, con aquello de “la razón de la sinrazón que vuestra razón a mi razón ofrece”, etc. Las castellanas de entonces, las toledanas y las sevillanas, lloraban con esto. Se editará en Salamanca, en Zaragoza, y en castellano en Lisboa, en 1541, con aquel hermoso título: “Libro llamado Fiammetta porque trata de los amores de una notable dueña napolitana llamada Fiammetta, el cual compuso el famoso Juan Boccaccio poeta florentino: va compuesto por sutil y elegante estilo, y da a entender muy particularizadamente los efectos que hace el amor en los ánimos ocupados de pasiones. lo cual es de gran provecho por el aviso que en ello se da en tal caso”.

Pero, otra ha sido la fortuna de *El Decamerón* en España. Un monje de la abadía de San Cugat del Vallés traduce *El Decamerón* al catalán en 1429. De este mismo año es la primera versión castellana, de la que solamente se conserva una parte en el Biblioteca de El Escorial. Si me permiten un recuerdo personal, les diré mi emoción, en el verano de 1940, llevado por Rafael Sánchez Mazas, cuando me fue permitido tener en la mano el manuscrito. Lo abrió Rafael, y nos salió a los ojos la narración séptima de la IV jornada, la historia de Teodoro, enamorado de Violante, hija de Micer Américo, condenado a la horca por haberla embarazado, y salvado en el último momento. El manuscrito comienza con aquella granizada que hizo que Teodoro y Violante se refugiaran en una cabaña, una cabaña casi sin techo, que hacía que los dos jóvenes estuviesen el uno muy cerca del otro, debajo del poco que había.

Y el joven dijo aquello: ¡Estando como estoy no quisiera que esta granizada acabase!

Y ella dijo: ¿También a mí me gustaría!

“Y tras estas palabras se cogieron de las manos y comenzaron a besarse y abrazarse, y seguía granizando”...

Y el traductor al castellano, que no sabemos quien fuese, se deja llevar por el texto italiano, y en vez de decir “granizar”, traduce, lo recuerdo bien, “e seguía cayendo lo grano de nieve”...

De este manuscrito escuraliense procede la edición sevillana de 1496. Pero, en 1559, el Papa Pablo IV mete *El Decamerón* en el índice romano de libros prohibidos, y el mismo año a ejemplo de Roma, lo mete en el suyo el Gran Inquisidor de España, Valdés. Valdés, que lo había leído, que es más que probable que haya gozado con él, y de quien parece ser la nota que figura en la prohibición.

Durante tres siglos no va a editarse *El Decamerón* en España. La primera edición castellana, tras esos largos años en los que no se nos dejó sonreír ni emocionarnos con Boccaccio, es de 1876. Se leían, se plagiaban, se editaban, se comentaban, sus obras morales, como el *De Casibus*, que merecerá nada menos que una alusión de Jorge Manrique. *El Corbacho* es saqueado por el arcipreste de Talavera, y luego lo encontraremos en fray Antonio de Guevara, en muchas epístolas familiares, como la dirigida a mosén Rubín Valenciano sobre si un viejo puede casar con moza...

Pero, *El Decamerón* fue leído por algunos. No solamente lo leyeron los españoles que viajaron a Italia, como Miguel de Cervantes. Menéndez Pelayo nos dirá que nadie, ni antiguo ni moderno, ha influido tanto en Cervantes como el Boccaccio. Hay rastros del Boccaccio, comprobados por Carol Bourland en ocho comedias de Lope de Vega. *Los cigarrales de Toledo* de Tirso tienen una clara influencia boccacciana. El propio Tirso se cura en salud diciendo que sus novelas “son doce, no hurtadas a las toscanas”, es decir, no robadas al Boccaccio... Salas Barbadillo, Moreto, Castillo Solórzano, Vélez de Guevara, María de Zayas, leyeron *El Decamerón* a escondidas... Pero, ¡qué bien le hubiera venido el aire fresco de Boccaccio, el aire de aquella burguesía florentina, rica, libre, liberal, de las ciudades libres de Italia, a la España de los Austria, a la España de los Felipe y del Hechizado!. En el manuscrito del Escorial se lee a pie de página, con gruesa letra negra: **PROHIBITO**. Nos quitaron *El Decamerón* lo mismo que se quitaban las mujeres de vida alegre durante la Cuaresma. Pero, ahí está, cada vez más vivo, más real, el incomparable *Decamerón*. Su lectura en la España del XVI, del XVII y del XVIII, le hubiese impedido a don Miguel de Unamuno aquel terrible juicio sobre cientos de escritores españoles de aquel tiempo, aquello que dijo de que “nuestros clásicos son unos pobres charlatanes de feria que echan en un tonel de agua insípida un puñado de garbanzos reventados...”

Cuando se acaba la peste en florencia, se arruinan los que habían estado tejiendo paños negros, porque la gente, sin temor a la muerte xa, alegre, cantora, solicitada por la vida, no compra más que paños verdes, rojos, azules, amarillos... Sobre todo paños verdes, que es el color de la juventud y de la esperanza. En una crónica florentina se asegura que “desde la pasada semana, no se encuentran paños verdes, y han venido algunos de Pisa, pero son bastos”. No sería verdad, que serían finos como lo era la battista pisana que dejaba ver, tan transperente, los pechos de las muchachas, pero había que defender el negocio pañero de Florencia. De vez en cuando aún morría alguno, y los florentinos se mojaban el rostro, y se decían: ¡ahí va el último! Quizás de los que huyeron para contarse historias, alguno murió. El duque de Medinasidonia. La historia de Pierre Mac Orlan.

Finalmente confieso que todos los que algún día tuvimos la intención de contar una historia....